



## CAPÍTULO IX

### Comonfort me traiciona



E hallé desolado al padre Huerta.

— ¿Qué te parece lo que acaba de pasar?

Conspiracioncita en el convento, con su correspondiente guardado de fusiles y pistolas.

¿Y todo, por qué? Por conservar esas indecentes casquillas que el fuego puede consumir, por esas hacienditas que el Señor quisiera no dieran ni un grano, por esos dineros que valdría más se perdieran para siempre. Ya lo ves; hacemos caso de lo que Cristo dijo; nos asemejamos á los lirios del campo, que no hilan ni tejen y están vestidos como no lo estuvo Salomón en su mayor gloria; á las aves del cielo, que no siembran ni recogen, ni tienen graneros, y viven á costa del Padre celestial.



Yo veo que algo gravísimo va á pasar; veo que nuestra iniquidad merece castigo y tenemos que esperarlo. ¡Bendito sea el Señor, y benditos sean sus altos y soberanos juicios!

— ¿Y cómo son las conspiraciones, Padre? Refiérame lo de su casa, que quisiera saber todo por su boca.

— ¡Qué sé yo de conspiraciones!... Soy tan necio, ando siempre tan en babia, que de nada me enteré. Sí; atando cabos, he venido á comprender que el *deus ex machina* lo era un sujeto que duraba días enteros en el convento, sin salir para nada, que volvía á veces á media noche y que siempre conferenciaba con el prior y los padres graves, de secreto y como quien tiene en su seno cosas muy tenebrosas que comunicar.

— ¿Y qué señas tiene ese sujeto?

— Alto él, de gran nariz, de buenos ojos, de frente amplia; usa bigotes largos y es calvo ó lleva tonsura. Le llaman don Rogelio, y según parece se apellida Argüelles.

— Es el padre Miranda.

— ¿Qué padre Miranda?

— El cura del Sagrario de Puebla.

— ¿Qué es lo que dices, hombre?

— Lo que usted acaba de oír.

— Ahora recuerdo que una vez que hablaba el sujeto ese con Fray Luis Ogazón, le escuché algo acerca de falsas decretales, y como nada sabía ni nada barruntaba,

me limité á asombrarme de que un caballero seglar, hacendado del Valle de San Martín, según decían, estuviera tan al corriente de esas cosas.

— Pues ese hacendado del Valle de San Martín es también comerciante en paños, coronel retirado, *prioste* de indios, que viene á tratar un negocio de terrenos á la capital, agente viajero francés y mil cosas más.

— Pero ese hombre es un Proteo.

— Es un demonio; adopta todos los disfraces, vive en todos los barrios, conoce á todo el mundo. Ya sea en Guanajuato, en San Luis, en Puebla ó en Guadalajara, tiene siempre oportunidad de conspirar, de tramar, de hacer daño al Gobierno.

— ¿Y tú le conoces, le has visto?

— Jamás; aunque no sé si me le habré encontrado y conversado con él, pues capaz es de hablar conmigo y sacarme secretos sin darse á conocer.

— Vaya, tú estás de broma; quieres hacerme tragar una novela de las que tan caras son á nuestro amigo Gordo, y me cuentas esas cosas de un eclesiástico que debe de estar muy distante de tamañas tonterías. Quédate con Dios... Y me dió la mano.

Al subir al departamento presidencial me encontré á don Ignacio dando audiencia conforme á su costumbre. Se colocaba en un rincón de la pieza, é iban pasando por turno junto á él todos los pretendientes.



— Señor, desearía para mi hijo una beca de merced en tal colegio.

— Solicito que me paguen los alcances que devengó mi marido.

— Quiero una recomendación para que concluya pronto mi pleito.

— Necesito ver al Ministro.

— Deseo respuesta á mi carta.

Y de todo tomaba nota el escribiente, que acompañaba al General casi siempre, para que lo concediera la administración, si era lícito, ó del bolsillo particular de Comonfort si no podía honradamente salir del público.

Cuando el peticionario, en vez de cosas sencillas, decía:

— Deseo presentar una carta del señor General Parrodi:

— Encabezo una comisión de tal pueblo:

— Quiero comunicar á V. E. una cosa reservada... Entonces Comonfort citaba día y hora para la conferencia, y á ella acudía con puntualidad. Así dividía su trabajo aquel laborioso que no reconoció jamás horas de descanso.

Cuando concluyó la audiencia, me llamó á su despacho para darme órdenes.

— Va usted á ver al señor Comandante general y le lleva...

Y comenzó á buscar entre sus papeles, apartando legajos con cubierta amarilla, cartas con diferentes firmas,

tomos de leyes, mapas, planos, estados de revista... De repente sentí como el aguijón de una culebra dentro del pecho: había visto muchos plieguecillos de la letra compacta y menuda que yo conocía bien, y la rúbrica de la firma ANARDA, hecha como de una cinta interminable que se me enredaba al cuello y me lo oprimía.

El Presidente cogió un documento de aquellos, escribió una carta de tres líneas, todo lo metió dentro de un sobre, pegó la nema y me entregó el pliego diciéndome:

— Le lleva esto diciéndole que quedo enterado de todo y que estoy de acuerdo con lo que anoche me indicó.

Cogí el papel, saludé y salí volado del despacho. No me cabía duda de que ella era quien había escrito, de que ella era quien había tenido entrevistas con don Ignacio, de que era la misma que había visto aquella noche memorable.

— Yo me tengo la culpa por vil y por estúpido; creí en la virtud de una bribona y me da el pago que debía darme. Y luego el casto, el puro, el santo, ¡miren cómo se porta y cómo me traiciona!... ¡Me traiciona! ¿Y qué traición hay en aprovecharse de lo que está al alcance de las manos de todos? Esto se acabó sin remedio, y á otra... En un movimiento nervioso metí la mano al bolsillo y me encontré con un billetito de la misma: «Venga á cenar hoy. Mi marido encantado con usted; dice no se parece en nada á los muchachos de ahora, porque oye con respeto á las



personas de edad y de rango. Tengo mucho que contarle; no deje de venir. — ANARDA. »

— ¡Ah perdida, conque tu marido me busca y me llama! ¡Tú y él son buenos pícaros, bonísimos pícaros!

Y rompiendo en cien mil pedazos la cartita, la aventé á los aires.



## CAPÍTULO X

### El padre Miranda en campaña

EL camino era polvoso, triste y feo; pero como si se hubiese deseado un contraste, el convento era amplio, bien orientado, lleno de sol y un verdadero oasis de verdura.

Se pasaba la portería y se encontraba el primer cancel, que tenía una imagen de la Virgen y la letra *Redemprix captivorum*. Seguía el claustro de pilares bajos ornamentados con trofeos, mitras, ángeles y escudos. Por una escalera de anchos peldaños se subía al coro, con sus asientos de madera separados por tablas, y con inscripciones latinas: *Psale et sile* y *Qui in divino officio negligenter loquitur sine verbo moritur*. El coro estaba lleno de pinturas del siglo XVII: el arraez levantisco atacando al